

Los habitantes de Naranjan sorprenden á los chichimecas, quemán sus aduares y matan á su jefe. La desgraciada hizo esfuerzos supremos para desprenderse de los que la detenian mientras los demás avanzaban. Por fin logró que la dejaran libre, y corrió hácia el sitio en que se hallaba su esposo. ¡Vano afán! Los enemigos habian llegado antes que ella; y cuando la infeliz penetró en el umbral de su casa, sus piés tropezaron con el ensangrentado cadáver de *Iri-Ticatamé*, que, aunque anciano y sorprendido, habia muerto luchando como un valiente.

El jóven *Sicuiracha* se encontraba, en los momentos de la terrible escena, cazando en la montaña, bien ajeno de pensar el fin trágico del hombre á quien debia la vida. Una persona le dió aviso de la lucha trabada entre los asaltantes y los asaltados. *Sicuiracha* voló inmediatamente en auxilio de los suyos; pero cuando llegó, todo habia terminado, menos el profundo dolor de su afligida madre que, mostrándole el cadáver de su padre, exclamó, vertiendo un torrente de lágrimas: «Mira, hijo mio, la obra de tus tios: ellos han derramado la sangre del sér que mas amábamos y se han llevado los dioses de nuestros altares.»

El jóven *Sicuiracha* quedó con la vista fija sobre el cadáver de su padre, mientras la desgraciada viuda exhalaba lastimeros ayes de dolor.

Aquella era una escena conmovedora, que la hacia mas terrible aun las devoradoras llamas en que estaban convertidas las cabañas incendiadas de la tribu chichimeca.

*Sicuiracha* se inclinó hácia el cadáver de su padre, estrechó entre sus manos las de la virtuosa mujer que le dió

la existencia, y dirigiendo una mirada al cielo, juró vengarse de los que habian cubierto de duelo su corazon.

*Sicuiracha* No fué vano su juramento. El indignado vengá la muerte de su padre y valiente joven reunió los restos de los chichimecas que se habian salvado de la matanza, y poco despues logró alcanzar, derrotar y hacer prisioneros á sus contrarios.

Triunfante y temido, *Sicuiracha* se dirigió con todos sus prisioneros á un punto llamado Bayameo, donde habia establecido su residencia.

Con aquel completo triunfo alcanzado por el intrépido jóven chichimeca, los guerreros de Naranjan y los de Cumachin vinieron á ser sus esclavos.

*Sicuiracha* es proclamado rey de los chichimecas. Los nobles, despues de prometer fidelidad al vencedor, recobraron su libertad, comprándola con una parte de sus riquezas, y *Sicuiracha*, aprovechando la buena disposicion de sus agradecidos prisioneros, logró ser proclamado rey con todas las ceremonias acostumbradas, siendo entre los chichimecas el primer jefe que tenia aquel título.

*Sicuiracha*, atribuyendo á sus dioses las dichas conseguidas, mandó edificar altares y construir templos de mas importancia que los que hasta entonces se habian levantado, y nombró sacerdotes para el servicio de los ídolos.

Bayameo, que vino á ser así, en Michoacan, la capital de los reyes chichimecas, creció notablemente en belleza y comercio.

Muerte del rey *Sicuiracha*. *Sicuiracha* emprendió algunas expediciones por los señoríos comarcanos, y agregó á su nacion varios pueblecitos que no pudieron resistirle.

Después de un reinado verdaderamente venturoso, murió en 1290, dejando entregado el gobierno á sus dos hijos Pavacumé y Vapeaní.

Gobierno de los hijos de Sicuiracha: conquistas hechas por ellos. Por algún tiempo permanecieron los dos príncipes sin hacer que resonara en sus pueblos el estrépito de las armas; pero ambicionando al fin extender sus fronteras, se dispusieron á llevar la guerra á los comarcanos señoríos en que mas rica se manifestaba la naturaleza. Contentos los guerreros con aquella determinacion, tomaron sus arcos y sus flechas, y cargando entre varios sacerdotes las andas en que llevaban á su dios *Curicaveri*, emprendieron la marcha hácia el cerro de Capacureo, en cuya cima, añadían, habia manifestado el ídolo deseos de ser colocado.

Los chichimecas iban sometiendo á su yugo todas las poblaciones que encontraban al paso, y avanzaban sin obstáculo hácia el cerro en que anhelaban levantar un altar á su dios, y desde el cual se dominaba el anchuroso lago.

Los dos príncipes, después de haber sometido á su dominio muchos pueblos, llegaron á subyugar á los habitantes de *Patamahua-Nacaracho*.

Al ser dueños de este punto, convinieron los guerreros chichimecas en separarse en varias fracciones, para que cada una viviese en el sitio que mas agradable le pareciese; y con efecto, tomando cada una alguno de los ídolos que habian llevado, se situaron en los puntos que les brindaban mas comodidades.

Pero aunque vencedores de muchos pueblos, no por esto terminó la guerra. Los príncipes, viendo la tenacidad de los habitantes del país en seguir la lucha, se dirigieron

á las riberas del lago, y sojuzgaron varios pueblos situados en la orilla; pero ninguno de ellos habia logrado ser admitido en las pintorescas ciudades de las islas que se elevaban en la laguna, en una de las cuales, llamada Xarácuaro, estaba edificado un suntuoso templo.

El rey que gobernaba aquellas pintorescas islas se llamaba Curicaten, y llevaba el título de *El-Henditaré* que, como ya he dicho, significa *señor*.

Aquellas poblaciones levantadas en el delicioso archipiélago, en que los árboles, las flores y las plantas embalsamaban la atmósfera, eran fuertes por su ventajosa posicion y por el crecido número de canoas que sus habitantes poseían.

El príncipe Vapeaní, contemplando un dia desde la cima de la montaña de Atupen el sorprendente panorama que presentaba el anchuroso lago, con sus poéticos pueblos, acariciados por las ondas, quedó seducido del bellissimo conjunto del paisaje que se descorría á su vista.

En aquellos momentos vió á un pescador que se aproximaba con su canoa á la orilla y que echaba sus redes á corta distancia del sitio en que él estaba. Vapeaní concibió de repente una idea, que juzgó conducente al logro de un derecho legítimo para ser admitido en las poblaciones del archipiélago.

Concebido el pensamiento, llamó al pescador. Amedrentado éste, se disponía á huir; pero viendo que varios guerreros chichimecas le apuntaban con sus flechas, se vió precisado á obedecer.

El príncipe Vapeaní le hizo varias preguntas, infor-

mándose del nombre de los pueblos y del señor bajo cuyo gobierno estaban.

Satisfecho de las respuestas del pescador, y sabiendo por ellas que tenia una hija hermosa, le dijo que volviese al siguiente dia con ella; que sus dioses le habian prometido que seria dueño de todo aquel hermoso país, y que, en consecuencia, la jóven participaria de aquella dicha.

El pescador volvió al siguiente dia con su hija, pues se habia comprometido solemnemente á ello, y el príncipe encontró á la jóven aun mas hermosa de lo que se habia imaginado.

Vapeaní, despues de haber recibido á la jóven, encargó al pescador que no manifestase que voluntariamente habia cedido su hija, sino que dijese que se la habian robado los chichimecas, reduciéndola á la condicion de esclava.

El pescador prometió cumplir lo que se le ordenaba, y marchó á la ciudad, al mismo tiempo que el príncipe Vapeaní se dirigió con la jóven á *Tarimí Chúndiro*, donde tenia su residencia, pintoresco pueblo que se levantaba al Oeste de Tzuntzintzan.

Vapeaní habia tomado á la jóven con objeto de casarla con su hermano; y con efecto, se casó con Pavacumé, que la encontró hechicera. Al enlazarse con ella, el príncipe se creyó con derecho para poseer los territorios que su dios *Curicaveri* habia prometido á los chichimecas vanáceos. Creian los jefes chichimecas que, el casarse con una mujer del país, cualquiera que fuese su dignidad ó clase, daba derecho al caudillo á la posesion de la tierra prometida por sus deidades.

Un año despues del referido enlace, la hija del pesca-

dor dió á luz un hijo, á quien pusieron por nombre *Tariacuri*.

El rey que gobernaba las islas, alarmado por los resultados que podian sobrevenir á su país, si no se buscaba un medio de contener el espíritu de dominacion de los chichimecas, convocó á los nobles y grandes personajes, con objeto de buscar remedio al mal de que estaban amenazados.

Oido el parecer de todos, se resolvió, por unanimidad, que para atraer á su favor á los príncipes chichimecas, se les invitase á establecerse entre ellos, ofreciéndoles riquezas, honores, enlaces con las hijas de la nobleza del país, y nombrar á uno de ellos primer sacrificador, y al otro gran sacerdote del dios *Guangari*.

Inmediatamente salió una embajada, llevando ricos presentes á los príncipes. Los caudillos chichimecas recibieron á los enviados con amabilidad, y no queriendo desairar la invitacion que se les hacia de parte del rey de Xarácuaro para que pasasen á su corte, se embarcaron los dos príncipes con los individuos de la embajada, y poco despues entraban en la corte del soberano de aquellas islas, muy obsequiados de todos sus habitantes.

El rey les recibió con la mayor benevolencia y les dió un gran banquete, al que asistieron los nobles, los guerreros y la grandeza.

Las atenciones, los honores, el fino trato de los cortesanos, cautivaron á los dos príncipes; y persuadidos de que los bienes que recibian eran superiores á los que les podria proporcionar una conquista dudosa, admitieron las proposiciones, y el nombramiento de primer sacrificador el uno, y de gran sacerdote el otro.

El rey de Xarácuaró, los habitantes de las islas y los dos príncipes se manifestaban satisfechos del convenio celebrado; pero mientras ellos creían establecida la buena armonía entre los dos pueblos, los guerreros chichimecas, que se habían quedado en la costa esperando á sus caudillos, viendo que no parecían, y temiendo que les hubieran hecho víctimas de alguna traición, se embarcaron en unas canoas y se presentaron en la ciudad, reclamando que les volvieran los príncipes que les habían concedido los dioses, ó que, de lo contrario, emprenderían inmediatamente la guerra.

La amenaza de los guerreros chichimecas alarmó al rey, y para evitar una lucha que podía serle funesta, accedió á la petición, y los príncipes abandonaron la ciudad con verdadero sentimiento, aunque fingiendo una alegría suprema.

La vida errante que llevaba aquella tribu guerrera, que no quería establecerse fijamente en ninguna parte, había perdido á los ojos de los príncipes el atractivo que antes tenía.

Fundación de Pátzcuaro. Los dos príncipes hermanos, que habían llegado á conocer las ventajas de la vida agricultora de los tarascos, á la nómada de su tribu, se propusieron hacer abrazar á sus montaraces vasallos una existencia más tranquila y social. Para conseguirlo, se pusieron de acuerdo con los sacerdotes, cuyas palabras eran recibidas como oráculos por aquellas naciones. Los ministros de las falsas divinidades convocaron entonces al pueblo chichimeca, anunciándole que tenían que comunicarle una orden de sus dioses. Los chichi-

mecas acudieron á saber la palabra de sus númenes, y entonces los sacerdotes les hicieron saber que la voluntad de los dioses era que edificasen una ciudad y dejaran la vida nómada. La tribu se afaná por obsequiar el deseo de sus númenes, y fundó la ciudad de Pátzcuaro, que hasta hoy figura como una de las principales ciudades de Michoacán.

Reducidos así á la vida social los chichimecas vanáceos, se dedicaron á la industria y al trabajo; y con la afluencia de gente, que de todas partes acudía á la moderna ciudad, crecieron prodigiosamente en cultura y civilización.

Guerra entre uno de los reyes de Michoacán y los chichimecas y derrota de éstos. Por algún tiempo vivieron en buena armonía con las demás naciones que habitaban á la orilla de la laguna; pero la prosperidad de los nuevos pobladores despertó los recelos del rey de Curíncuaró, uno de los más poderosos de los que habitaban una parte del lago, y buscando un pretexto para la guerra, envió un embajador á los príncipes chichimecas Pavacumé y Vapeaní, notificándoles que le pagasen tributo, reconociéndole como señor, ó que se dispusiesen á la lucha. Los gobernantes chichimecas contestaron que estaban dispuestos á luchar en vez de declararse feudatarios, y se prepararon al combate. Los soldados chichimecas se pintaron el cuerpo con vivísimos colores, tomaron sus arcos y sus flechas, y conducidos por sus valientes jefes, armados de pesadas mazas y ostentando ricos penachos de plumas en la cabeza, salieron hácia *Atáquaro* (Atécuaró), en busca de sus contrarios que les esperaban en un campo próximo á aquella ciudad.

La batalla fué sangrienta, pero fatal para los chichimecas, que fueron completamente derrotados, saliendo heridos los príncipes que les gobernaban, Pavacumé y Vapeaní.

El rey de Curíncuaro podía haber penetrado en Pátzcuaro y haber aniquilado el poder de los chichimecas, si hubiera marchado en persecucion de los vencidos; pero afortunadamente para éstos, era aquella precisamente la época en que se celebraban las fiestas de la diosa de Curíncuaro, y el monarca vencedor se contentó con el triunfo alcanzado, pues en las fiestas de la diosa, no era costumbre ocuparse de batallas, y toda enemistad cesaba en esos dias, sin distincion de nacionalidades, para concurrir todos á las grandes festividades.

1360. Restablecidos de sus heridas los dos príncipes chichimecas, fueron invitados por algunos vecinos de Curíncuaro á que asistiesen á las fiestas; y aunque sus consejeros trataron de disuadirles que no emprendiesen el viaje porque temian una asechanza, ellos no lo creyeron así, y se dirigieron á las fiestas. Las sospechas de los consejeros salieron ciertas. Los dos príncipes hermanos cayeron en una emboscada antes de llegar á Curíncuaro. Vapeaní fué asesinado, y Pavacumé, que cayó herido, se levantó y logró escaparse, volviendo á la ciudad de Pátzcuaro. Pero de nada le valió su esfuerzo y ligereza. Casi todos los habitantes de Pátzcuaro se hallaban en las fiestas de Curíncuaro; y el príncipe, seguido de cerca por sus enemigos, fué alcanzado y asesinado en las calles de su misma ciudad.

Son asesinados los dos príncipes que gobernaban á los chichimecas.

Este hecho, que aconteció en 1360, llenó de indignacion á los chichimecas; pero ocultaron por entonces su deseo de venganza, aplazando ésta para ocasion oportuna.

Quedó al frente de los negocios públicos y ejerciendo el mando supremo sobre los chichimecas de Pátzcuaro, Cuvatamé, el mayor de los hijos del príncipe Vapeaní. El hijo de Pavacumé y de la hija del pescador, llamado, como tengo ya dicho, Tariacurí, era aun muy jóven, y los sacerdotes le habian enviado á educar á la isla de Xarécuaro, á fin de que adquiriese una instruccion propia de un príncipe tarasco, y conservase, á la vez, la entereza y energía de la raza chichimeca.

Acontecida la muerte de su padre, dejó la isla y regresó á Pátzcuaro, donde se ejercitaba en el ejercicio de las armas y en el servicio de los dioses.

Tariacurí era un jóven de grandes esperanzas.

Los sacerdotes y el pueblo veian en él un porvenir de gloria para la patria.

El príncipe Tariacurí, llegado á la mayor edad, fué investido por los ministros de los dioses y por la nobleza, con el mando del ejército, que le acogió con entusiasmo.

Puesto al frente de los destinos de su nacion, tomó el mando del ejército, y queriendo tomar venganza de la muerte de su padre, hizo la guerra á todos los pueblos vecinos de Pátzcuaro, los venció y sujetó; pero no siendo bastante vasto aquel escenario para sus hazañas, llevó la guerra á lejanos Estados, venciendo á todos los que se oponian á su paso. Los señores de las diversas nacioncitas, queriendo poner un dique á su poder, se coligaron,